

JAMES PETTIFER

Kosovo: una historia familiar

El artículo analiza el conflicto entre Serbia y Albania por el control de la región de Kosovo, estableciendo estrechas relaciones entre el estallido de la crisis de Kosovo y el acuerdo de Dayton. Así, se sostiene que la raíz de la primera hay que buscarla en las evidentes limitaciones del segundo. El autor critica el rol desempeñado en este conflicto por los medios de comunicación, los servicios de inteligencia y la diplomacia de los países occidentales. Éstos están empeñados en hacer desaparecer de la primera plana la crisis de Kosovo y estigmatizan a la guerrilla como "terrorismo islámico". Lo que está en la base de esta estrategia es la percepción de que un agravamiento de esta crisis pondría en peligro los frágiles acuerdos de Dayton.

La crisis de Kosovo nos trae una poderosa sensación de *déjà vu*: las fuerzas de seguridad yugoslavas, duras e implacables; los agricultores desplazados de sus comunidades, huyendo de pueblos en llamas; la misma división de opiniones en la comunidad internacional conducente a la misma pasividad. Ya lo hemos visto en Croacia, Bosnia y otros lugares. Los diplomáticos se entrevistan con el presidente yugoslavo Slobodan Milosević, cargados de buenas intenciones, pero no ocurre nada.

Kosovo ha sido la manzana de la discordia entre serbios y albaneses desde el fin del imperio otomano e ilustra algunas de las contradicciones más profundas en la identidad nacional de ambos países. La provincia está habitada en un 90% por albaneses, pero gobernada casi enteramente por serbios. Es sede de las instituciones religiosas ortodoxas más importantes de Serbia, entre ellas el Patriarcado. Tras un periodo de luchas continuas en la década de los ochenta, Kosovo fue sometida a la ley marcial durante ocho años, hasta que su estatuto de autonomía, establecido por la constitución yugoslava de 1974, fue suspendido.

Los albaneses kosovares han venido apoyando las políticas pacifistas del Dr. Ibrahim Rugova, pero no han obtenido avances políticos significativos. En 1996, apareció el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK), un grupo guerrillero que defiende la lucha armada como medio para expulsar a los serbios del poder. Desde entonces, ha venido protagonizando enfrentamientos con las fuerzas de seguri-

James Pettifer es profesor visitante de la Universidad de Salónica, Grecia. Escribe habitualmente para *The Times*, Londres.

Este artículo apareció en *The World Today*, Londres, abril de 1998.

Traducción:
Marián Hens

Las matanzas de Kosovo –y los modestos logros de Dayton– apenas han sido recogidos por la prensa liberal.

dad, que se han intensificado desde febrero de 1998. Durante la primera semana de marzo de este año, las fuerzas serbias atacaron Drenica, un bastión del ELK.

“Los esfuerzos de pacificación tendrán éxito”

Hasta ahora, el número de albaneses muertos en estos incidentes es afortunadamente bajo, al menos en relación al número de víctimas de Bosnia. En las primeras etapas del conflicto, se ha librado una batalla clave en los medios de comunicación, que han recogido muchos de los dilemas políticos planteados a Occidente por la crisis de Kosovo. Algunos ministerios de exteriores de países occidentales comparten la idea de que los esfuerzos de “pacificación” serbios tendrán éxito, los albaneses, intimidados, volverán a su vida anterior como ciudadanos de segunda clase y se restablecerá la “normalidad” en la provincia.

Hay grandes intereses en juego que sustentan esta perspectiva. La operación de relaciones públicas lanzada para mantener a flote el proceso de Dayton ha “vendido” la idea de que la intervención militar de la OTAN contra los serbobosnios, y el propio acuerdo, han logrado mejorar cualitativamente la situación política en toda la zona de los Balcanes. Al centrar su atención exclusivamente en Bosnia, los defensores de los derechos humanos y los grupos liberales de Occidente han contribuido involuntariamente a que los manipuladores profesionales de la comunicación hayan conferido una imagen de éxito a Dayton. Las matanzas de Kosovo –y los modestos logros de Dayton– apenas han sido recogidos por la prensa liberal.

Los conservadores albaneses, en su mayoría musulmanes, que llevan una vida modesta en los alrededores de Hardyésque, no tienen la misma resonancia cultural para los medios liberales –especialmente los de EE UU– que los musulmanes “seculares” de la élite de Sarajevo. El presidente Milosevic lo sabe bien. Muchos de los serbios que presenciaron el éxodo de similares comunidades rurales de la Krajina en 1995, la mayor operación de limpieza étnica de la guerra en Yugoslavia, entenderán lo que digo.

Coincidencia de intereses

Hasta hace poco, la tragedia de Kosovo ha sido gestionada “con éxito” por los medios de comunicación, en la medida en que los intereses de imagen de occidentales y serbios coinciden casi totalmente. Ha sido difícil que la prensa, en particular la estadounidense, abra un debate racional sobre los legítimos intereses nacionales de Serbia tras el acuerdo de Dayton. Por desgracia, esto ha empujado a muchos serbios honestos y potencialmente reformistas hacia las filas nacionalistas o al bando de Milosevic. Sienten que el futuro de su país está amenazado por el interminable bombardeo antiserbio de los medios y sus estereotipos casi racistas.

Como resultado, en Serbia se ha producido un fuerte giro hacia la derecha. Dayton permite establecer una analogía entre la Serbia de la posguerra y la Alemania de Weimar después del acuerdo de Versailles. Ambas, la Alemania de los años veinte y la Serbia de los noventa, han padecido la derrota en una gran guerra, perdido territorio, sufrido un bloqueo económico, albergado refugiados con resentimientos y un número excesivo de militares. En el caso serbio, este último

punto queda ilustrado por la policía de seguridad de Milosevic, más numerosa que el propio Ejército.

En la percepción de la compleja situación balcánica, los servicios de inteligencia, en su sentido más amplio, han tenido gran influencia sobre la política. Esto no significa que haya una conspiración contra la verdad, sino que las operaciones de relaciones públicas y los intereses de los servicios secretos han coincidido en la defensa del statu quo en los Balcanes de la era post-Dayton.

La inteligencia de los países occidentales ha tenido un papel particularmente relevante en la defensa de este statu quo. Durante muchos años, ha sostenido que el poder serbio prevalecerá siempre en Kosovo. Por tanto, para quienes respaldan esta perspectiva, es importante que Kosovo se estabilice rápidamente y que la crisis actual desaparezca de las portadas de los periódicos. Si eso no ocurre, es probable que la integridad intelectual y el valor de sus posiciones en el pasado sea cuestionada por los políticos.

Una crisis grave en Kosovo y un fracaso de Occidente en la gestión del conflicto tendrían consecuencias directas sobre el futuro de Dayton y Bosnia. Hay una estrecha relación entre las condiciones necesarias para mantener vivo el proceso de paz en Bosnia y aquellas que se precisan para que haya estabilidad en Kosovo. Han desaparecido muchas de las dudas extraoficiales que circulaban en los ministerios de exteriores extranjeros sobre las políticas derivadas del acuerdo de Dayton. Es esencial que EE UU siga involucrado en la zona, ya que los satélites espías de Washington son esenciales para la seguridad física de los destacamentos de la OTAN y para los políticos de Bosnia favorables a la presencia de la organización. Sin esta infraestructura, es muy probable que Biljana Plavsic, presidenta de la República Srpska, y otros serbobosnios moderados, no se encontrarían hoy con vida.

La manipulación de la información inspirada por los servicios de inteligencia ha afectado considerablemente la percepción sobre seguridad que subyace a las estrategias políticas. Así, en Estados Unidos parece hacerse gran hincapié en la naturaleza "islámica" de la guerrilla albanesa. Esto quedó claramente reflejado en el lenguaje y las declaraciones realizadas por los diplomáticos y los medios de comunicación durante la primera semana de la crisis.

Carta blanca

La principal ruptura de la paz se produjo en febrero pasado tras la desastrosa conferencia de prensa ofrecida en Pristina por Robert Gelbard, enviado de EE UU a los Balcanes. Gelbard calificó al ELK de "grupo terrorista" a la vez que evitó cualquier condena contra Yugoslavia que, desde la perspectiva albanesa, ha impuesto un estado continuado de terror. De esta manera, y aunque fuese de forma involuntaria, se dio carta blanca a las recientes "operaciones antiterroristas" de Milosevic. El enfado de los albaneses kosovares contra Gelbard se basa en un comprensible deseo por evitar los estereotipos que tanto perjudicaron a los musulmanes bosnios ante la prensa internacional y la comunidad diplomática.

En un plano práctico, hay argumentos sólidos para pensar que la "estabilización" de Kosovo fracasará, al margen de lo que digan los medios y la diplomacia. Los albaneses kosovares se han ido radicalizando en los últimos dos años y tienen

Es necesaria una intervención urgente y el restablecimiento de una verdadero papel para Naciones Unidas en los Balcanes.

acceso a grandes arsenales de armas ligeras, algunas procedentes de la crisis que sufrió la vecina Albania el año pasado.

El viejo statu quo ya no existe y la supuesta “pacificación” serbia probablemente sólo consistiría en una victoria pírrica, incluso en términos de orden público. Si bien es improbable que los albaneses de Kosovo puedan obtener una victoria militar sobre los serbios en una guerra convencional, no hay razón que les impida sumergir a la provincia en el caos y la ingobernabilidad en la próxima etapa de su lucha. De ocurrir esto último, desaparecería el valor económico que Kosovo tiene para Serbia. Un factor crucial tras la actual operación policial serbia —y Milosevic debe saber que sería un desastroso ejercicio de relaciones públicas para su gobierno— es el miedo a que la guerrilla albanesa sabotee las importantes instalaciones industriales de Kosovo.

Sus raíces en Dayton

Por tanto, la crisis de Kosovo tiene su raíz en las limitaciones del acuerdo de Dayton, del que fue excluido Kosovo en un pacto con Milosevic. Al mismo tiempo, Dayton ha permitido que la lucha armada —o agresión, según lo expresarían algunos— de los serbobosnios haya tenido compensaciones, al menos hasta cierto punto. La realidad de Dayton se ha distorsionado enormemente en favor de la opinión pública estadounidense.

Los albaneses kosovares se han dado cuenta de que la comunidad internacional sólo se moviliza cuando hay una amenaza real de fuerza por parte de los pueblos oprimidos. Desde la conferencia de Dayton, el presidente Milosevic ha podido intercambiar “tranquilidad” en Bosnia por su libertad para actuar sin cortapisas en Kosovo. Esto ha llevado a una crisis política, ilustrada por la visita de Gelbard a Pristina. Este sistema de acuerdos a corto plazo ha demostrado ser claramente una amenaza para la paz, al hacer abortar cualquier posición occidental que pudiera haber existido en favor de los albaneses kosovares. Es necesaria una intervención urgente y el restablecimiento de un verdadero papel para Naciones Unidas en los Balcanes.

En principio, algo así podría parecer una regresión a la etapa pre-Dayton, y a los ojos de algunos observadores, incluso una postura derrotista. Pero las fuerzas de la OTAN —aunque su presencia haya sido justificable en 1995— no han creado las bases de una política de seguridad capaz de resolver los conflictos de los Balcanes, donde, para alcanzar una paz duradera, es imprescindible contar con el genuino consentimiento de los líderes y los ciudadanos de los pequeños países de la zona.

Los logros de Dayton han sido sobrevalorados por los medios de comunicación y por los intereses políticos y de seguridad. Hay que recordarle a EE UU que, por su propio interés, es necesario renovar el mandato de la ONU en los Balcanes, ya que sólo Naciones Unidas puede darle a Washington una salida estratégica de Bosnia.